

Notas sobre algunas raíces psicológicas de la violencia: narcisismo, fundamentalismo y fanatismo

Dr. Víctor Hernández Espinosa*

El fanatismo y el fundamentalismo, tal como se expresan en las conductas fanáticas y fundamentalistas y en sus diversas manifestaciones y consecuencias, son generalmente considerados como el origen y el caldo de cultivo de la violencia, especialmente de la violencia terrorista. Mi aproximación al tema hay que situarla en la perspectiva de mi experiencia profesional y está encuadrada en los fundamentos teóricos del concepto psicoanalítico de narcisismo que se maneja en la práctica psicoanalítica. Entiendo por violencia el uso indebido o ilegal de la fuerza, física o moral, ya sea directa o indirectamente. El terrorismo es un caso particular de violencia mediante el uso del terror indiscriminado con fines políticos o económicos al estilo mafioso. Partiré de una concepción del fanatismo como actitud mental, del fundamentalismo como fenómeno social y del narcisismo como fenómeno psicológico. Desde mi punto de vista, el narcisismo constituye el núcleo básico de una serie de organizaciones personales y grupales similares, como el fundamentalismo y el fanatismo y también el racismo, el integristismo, el colonialismo, el *cruzadismo* y todos los dogmatismos en general, incluidos los cientifismos y los psicologismos. El narcisismo y todos los *ismos* derivados del mismo no son conceptos psicológicos abstractos: se refieren siempre a actitudes y conductas mentales y relacionales —personales e interpersonales— que podrían quedar incluidas dentro de un concepto clínico más amplio como organizaciones defensivas de la personalidad. Como organizaciones defensivas de la personalidad, todos estos *ismos* participan de un grado patológico de narcisismo que se refleja en la sobrevaloración y exaltación del propio yo y de la identidad grupal —nacional, social o religiosa— junto a un desprecio hostil hacia los demás, los *diferentes*, los *otros*. Las distintas organizaciones defensivas de la personalidad toman su nombre del estilo defensivo y relacional que las estructura —organización psicótica u organización neurótica de la personalidad, por ejemplo— y se subclasifican según la conducta defensiva preponderante: fóbica,

obsesiva, maníaca, esquizofrénica... En el caso que nos ocupa ahora hablaremos básicamente de organizaciones narcisistas de la personalidad, que se dividirán según el rasgo que más las caracterice; más centradas unas en la sobrevaloración y exaltación del yo o *self* individual (narcisismo propiamente dicho) y otras en la sobrevaloración y exaltación del grupo propio, (fundamentalismos, integristismos, racismos, etc.), aunque el eje de su organización interna sea siempre el narcisista. La tendencia a la identificación proyectiva y a la indiferenciación propia del carácter narcisista de la organización de la personalidad hace que el yo se confunda expansivamente con el grupo de pertenencia idealizado y que las amenazas al grupo se vivan como amenazas a la integridad del propio yo (*self*).

El eje narcisista de la organización de la personalidad se constituye siempre sobre un trípode fundamental: autoidealización, desprecio del otro y escisión de la personalidad. Lo encontraremos en todas las organizaciones narcisistas, tanto si nos referimos a organizaciones de la personalidad (psicológicas) como a organizaciones grupales (sociales) o a organizaciones tan patológicas como las psicosis. Un individuo que desarrolle una organización racista de la personalidad, por ejemplo, tendrá un sentimiento de superioridad innata respecto de los individuos de otras razas, a quienes despreciará; y cuanto más se afiance en su superioridad y en el desprecio y denigración de los otros, más escindido estará, puesto que la inflación de su yo se organiza y se refuerza mediante la proyección, o sea, colocando más y más en el otro sus propios aspectos despreciables no asumidos. Es como poner la viga en el ojo ajeno para no ver la paja en el propio. Así, el otro, el *diferente*, el despreciado y denigrado, está representando inconscientemente toda la parte despreciable y despreciada del *self*, alienado por proyección. La personalidad queda escindida y disociada: lo bueno dentro, formando parte del yo narcisista; lo malo fuera, formando parte del *otro*, del *diferente* y despreciado. En el ojo ajeno la viga, la mentira; en

el propio, libre de polvo y paja, la luz transparente, la verdad.

En toda organización narcisista, ya sea individual o del grupo, la idealización del propio yo y el desprecio y denigración del otro se expresan mediante un sentimiento exaltado del amor propio o amor de sí mismo y desprecio y odio a lo *impropio*, o sea, a lo diferente, al otro. El concepto de desprecio y denigración ya incluye implícita o explícitamente el sentimiento de odio; pero, si la necesidad de mantener cohesionado al grupo (o al *self* en el caso del individuo) ante las amenazas persecutorias lleva a estimular y cultivar el odio como una especie de cemento cohesionante, la organización narcisista tiende a adquirir características paranoicas y la violencia se hace casi inevitable. El *self* o el grupo queda cohesionado por el odio y, naturalmente, por la existencia de un enemigo a quien odiar y combatir. Cuanto más frágil sea el sentimiento de identidad propia, más necesaria será la cohesión mediante el odio a un enemigo, de tal manera que se le busca hasta encontrarlo. Ya en el siglo xv Sibiuda, médico y filósofo catalán, decía en *Tratado del amor de las criaturas*:

[...] Por eso es preciso que surja la lucha, la división, la discordia, la enemistad, la ira, el odio y la guerra entre los hombres, porque cada cual quiere conservar, custodiar, aumentar y defender su propio honor, al que ama ante todo, y esto no puede hacerse sin discordia, lucha y odio, porque nadie en este mundo tiene por sí mismo suficiencia ni de honor, ni de bienes corporales, sino que siempre le falta algo y tiene necesidad de otros. Y así queda patente que el amor a sí mismo o propio o a la propia voluntad es la verdadera causa de la división, la discordia, la lucha y la guerra en este mundo.

En la organización narcisista dividida así en *bueno-dentro* y *malo-fuera*,¹ todo o casi todo el amor es amor a sí mismo, amor egocéntrico, aquel amor al que Sibiuda atribuía la causa de la guerra y de todos los males. El odio está dirigido al otro, al extraño, al *impropio*, siempre que no pueda ser utilizado, manipulado o explotado para mayor alabanza y provecho propio. Y, como también dice Sibiuda, la frustración de esta alabanza y provecho propio conduce a la ira y la venganza, componentes emocionales que tanto contribuyen a la crueldad de las guerras en general y del terrorismo en particular. No es necesario aclarar que ese amor a sí mismo que promueve la discordia, la lucha y el odio, coincide con lo que Freud llamaba investimento narcisista

del yo o *self*. Tanto la organización narcisista de la personalidad como la fundamentalista parecen reflejar, por un lado, una cierta primitividad mental, al menos en lo que respecta a la capacidad de relación con los demás basada en el amor, el respeto y el deseo de conocimiento mutuo y constructivo, y por otro una necesidad defensiva y de autoprotección contra todo lo nuevo y diferente, que es vivido como peligroso y amenazador. Esto confiere, tanto al fundamentalista como al narcisista, unas características cercanas a las estructuras paranoicas que pueden ir desde la soberbia, la arrogancia, la suspicacia y el recelo hasta el rechazo violento y agresivo o el ensimismamiento encastillado con exaltación endiosada de las propias creencias y valores, convertidos en verdades únicas e indiscutibles.

La observación de los grupos humanos a escala social parece confirmar que la cohesión de los grupos sociales se refuerza con la existencia de un enemigo común y que, a falta de enemigo real, los grupos sociales tienden a investir como enemigo a los grupos o a los individuos de los grupos extraños al propio (como se puede observar en el fenómeno del racismo y en los fundamentalismos radicales o, simplemente, en las rivalidades entre pueblos vecinos). Una vez encontrado e investido el enemigo, la proyección queda aparentemente justificada, puesto que el enemigo es malo por definición. La conciencia de esta maldad impide tomar conciencia de la naturaleza proyectiva del odio, puesto que lo que se odia es algo que *es* odiable o *parece* odiable o, si no, *se hace* odiable. Quien proyecta escoge como diana de sus proyecciones algo más o menos apropiado para odiar; luego, en un segundo paso, con sus proyecciones lo hace más y más odiable y, en un tercero —ya más paranoico— se siente odiado y perseguido, de forma que acaba sintiéndose odiado por aquél a quien ha escogido como diana de su odio. Proyectar inadecuadamente sobre objetos o situaciones que no justifiquen la proyección o hacerlo sobre el vacío no conduciría a un estado de guerra (materializada o no), sino a un estado psicopatológico, como sería el caso, por ejemplo, en la particular y extravagante guerra de Don Quijote contra los molinos de viento que, en versión actualizada, serían algo así como la materialización del *Imperio del Mal* agitando amenazadoramente las *armas-aspas de destrucción masiva*.

En mi opinión, fanatismo y fundamentalismo son básicamente un mismo fenómeno. Ambos implican una idealización y, aunque referidos a circunstancias accidentalmente diferentes en lo que

concierno al objeto idealizado (que puede ser una ideología política, un ídolo musical, un texto religioso, un grupo nacional o la Orden de la Caballería Andante), no hay duda de que todo fundamentalista es fanático y que todo fanático es fundamentalista o, por lo menos, alguien en busca de un fundamentalismo. Desde este punto de vista, fanatismo y fundamentalismo son conceptos prácticamente superponibles, de modo que cabría hablar de fanatismo-fundamentalismo o, introduciendo un neologismo, de *fundofanatismo*. Fundofanatismo y narcisismo también vienen a ser un mismo fenómeno, aunque contemplado y definido desde la perspectiva sociológica el uno (el fundofanatismo) y desde la psicológica o psicoanalítica el otro (el narcisismo). Si bien podrían diferenciarse porque en el fundamentalismo lo que se idealiza no es la propia persona, como en el narcisismo, sino un grupo, una creencia o la persona que los lidera, la idealización de alguien con quien uno se identifica siempre equivale en el fondo a una identificación narcisista porque no deja de ser uno mismo quien se idealiza identificándose con la persona idealizada. Ya Freud señalaba este fenómeno de confusión narcisista cuando, en su *Psicología de las Masas* decía que los componentes de un grupo proyectaban sus superyós en la persona del líder, quien se erigía así en superyó grupal.

Además, como ocurre con todo cuanto se refiere a la persona y a la personalidad, estos conceptos (narcisismo, fundamentalismo, etc.), deben comprenderse en función del desarrollo emocional situándolos siempre en el contexto relacional (biográfico, psicológico, histórico y social) que es propio de aquél. Al hablar de narcisismo y fundamentalismo no me refiero simplemente a rasgos fundamentalistas o narcisistas de la personalidad, que están presentes con menor o mayor intensidad en todo el mundo, sino a las personalidades organizadas alrededor de estos rasgos o actitudes que se constituyen como componentes esenciales del eje central de la personalidad y le confieren características que la impregnan en todas sus manifestaciones.

Social y psicológicamente, el fundamentalismo-fanatismo o *fundofanatismo*, entendido como una actitud de partidismo apasionado, entusiasta y exclusivista respecto de algo (trátase de una creencia, de una ideología o de un equipo de fútbol...), está en la base de todos los *ismos*: todos comparten un elemento fanático aplicado generalmente a una creencia idealizada. Además, psicopatológicamente, el narcisismo, que está muy

relacionado con el fanatismo (al narcisista se le puede ver como un fanático de sí mismo), se encuentra como núcleo psicológico básico de la organización de la personalidad en diversas patologías mentales (psicosis, paranoia, perversiones, etc.) que tienen en común un elemento fanático-fundamentalista ligado a un fondo narcisista y un dominio relativo del odio en los vínculos relacionales, como si, por así decirlo, la capacidad de amar quedara absorbida y saturada por los vínculos narcisistas.

En psicología en general, y en la psicología psicodinámica y en la psicoanalítica en particular, existen dos supuestos básicos que se constituyen como principios epistemológicos fundamentales: el genético evolutivo y el relacional, que se manifestarían en la creencia de que las conductas, actitudes o funcionamientos mentales han de ser comprensibles y explicables en función del desarrollo de funcionamientos básicos presentes desde el inicio o los inicios de la vida y referibles, en última instancia, al contexto relacional del niño con su entorno. Para irse adaptando a la realidad de la vida y crecer mentalmente, el niño tiene que ir renunciando a la omnipotencia de la situación inicial de falta de límites, en la que se siente a sí mismo fusionado con la madre y formando con ella un sistema omnipotente. Este estadio inicial del desarrollo psíquico es omnipotente y fusional y correspondería a lo que Freud llamaba narcisismo primario o, «sentimiento oceánico», siguiendo la expresión de Ronald Rolland citada por el propio Freud, que tiene resonancias de fusión mística o de cualquier otra experiencia que implique la difusión de la identidad. En el curso del proceso que lleva al desarrollo de una identidad y de unos límites, a una conciencia del sí mismo diferenciado de los demás y, por lo tanto, a la pérdida del sentimiento oceánico de omnipotencia, aparecerán inevitablemente las primeras frustraciones, las primeras insatisfacciones, los primeros sufrimientos y el niño tendrá que afrontar las primeras experiencias y sentimientos o ansiedades de diferenciación y de separación. Aflorarán los primeros rudimentos del tú y del mí o yo (del *self*) y con ellos la tendencia ilusionada a asomarse a la vida y a la vez el temor a constatar como un ser tan dependiente en una situación preñada de ilusiones y esperanzas, pero también de amenazas y riesgos, de ansiedades, decepciones y sufrimientos. A este asomarse a la vida, a este nacer a la vida como persona con identidad propia y diferenciada se le ha llamado nacimiento psicológico (Mahler, 1975), considerándolo como un segundo nacimiento

después del biológico. Es un proceso tan doloroso como el parto biológico, aunque más largo, más silencioso, más indefinido y menos espectacular. El parto biológico es nacer, ser dado a luz; el psicológico es un proceso, es irse haciendo persona, irse integrando a la vida relacional e ir adquiriendo *luces*, o sea, criterio de realidad y capacidad de comprensión y empatía.

Respecto de la situación inicial de indiferenciación fusional (narcisista), la adquisición de conciencia personal y diferenciada es un proceso limitante, amenazador; es sentirse en peligro porque se va perdiendo esa seguridad del que todo lo es y todo lo puede, la seguridad que confiere, aunque sea ilusoriamente, el sentimiento de omnipotencia fusional. Esa falsa seguridad la reencontramos en el curso ulterior de la vida en la tendencia a añorar el pasado y en la tendencia a buscar idealizaciones fanaticofundamentalistas o narcisistas, así como en la mayoría de los desarrollos psicopatológicos, incluidas las psicosis. En el refugio desesperado en aquellas añoranzas fusionales radican los orígenes de la psicosis —la locura— y en las resistencias a asumir las limitaciones y la dependencia, cuando no llegan a sumirnos en la locura arrastrados por la añoranza fusional, están los ingredientes básicos de la naturaleza sufriente de los seres humanos y del llamado sufrimiento neurótico. No obstante, el nacer a la vida relacional y psicológica diferenciándose como persona es una experiencia necesaria e inevitable, como lo es el nacimiento biológico; el niño tiene que diferenciarse porque, si no lo hace, llegaría paradójicamente a no ser nada. Pero no puede hacerlo de golpe: no puede arrostrar la ansiedad brutal de sentirse de repente «tan pequeño en un mundo tan grande» (Mahler), tan perdido, tan condenado a encontrarse a sí mismo encontrando a los demás y asumiendo sus limitaciones, su vulnerabilidad y su dependencia. Necesita hacerlo lentamente, recorriendo un camino de transición entre la omnipotencia de la fusión inicial con la madre y la adquisición de una identidad tan limitada como la de ser un individuo humano inmerso en el mundo de la naturaleza y en el mundo de las relaciones y dependencias psicológicas y sociales. A partir del *nacimiento psicológico del niño*, el niño (y con él el hombre o la mujer que ya están prefigurados en él) está inevitablemente abocado al conflicto entre sus añoranzas de un estado fusional y omnipotente y sus realidades de limitación, dependencia y vulnerabilidad en el camino del crecimiento y el desarrollo personal, en aquel camino en el que Fairbairn decía que nunca se abandona

completamente el punto de partida ni nunca se acaba de alcanzar el punto de llegada.

Tal como se acaba de exponer, el fundamentalismo, el integrismo, el racismo, el narcisismo y todos los ismos de significado básicamente excluyente del otro (muy especialmente cuando, además de excluyentes, son intolerantes y violentos y se acompañan de una reafirmación más o menos cerril de uno mismo) aparecen como fenómenos a medio camino entre la añoranza regresiva del pasado fusional y omnipotente y la resistencia a crecer asumiendo limitaciones y sufrimientos. Se comprende que todos aquellos ismos tengan un sentido de repudio de la vida próximo al problema fundamental de la psicosis y del narcisismo si se entiende que el abandono de la ilusión fusional y omnipotente marca el verdadero nacimiento a la vida, al que se opone la añoranza fusional. El refugio desesperado en la añoranza fusional, en la añoranza de aquel pasado sin individualidad diferenciada, es una oposición, una huida, un intento de evitación del nacimiento psicológico a la vida personal y de conservación de la ilusión fusional de omnipotencia; en este sentido es una negación a la vida y psicológicamente tiene, por lo tanto, un significado de atracción por la muerte. De hecho, tanto el narcisismo primario absoluto como el instinto de muerte pueden contemplarse como construcciones conceptuales y abstractas que se constituyen como explicación teórica a observaciones clínicas (tendencia repetitiva al suicidio, conductas perversas como el sadismo y el masoquismo, la compulsión repetitiva, etc.) o a observaciones sociológicas (guerras, destrucción, etc.) que siempre han hecho pensar en la existencia de fuerzas internas que se oponen a la vida y a la relación amorosa y constructiva en cuanto que ésta implica la aceptación de las limitaciones del propio yo, la aceptación de la alteridad (la existencia del otro como distinto a uno mismo) y la aceptación de la dependencia (la necesidad de la relación con el otro). Esta sería una forma posible de entender psicológicamente lo que Freud llamaba pulsión o instinto de muerte. El recurso patológico al narcisismo deja la vinculación a la vida pendiente de la afirmación exaltada del propio yo que no busca su fundamento en la relación con los otros, sino precisamente en la oposición a la relación con los otros o en el desprecio de los otros, a quienes se hace depositarios por identificación proyectiva del mal y del odio. El desprecio queda disimulado por una falsa apreciación seductora que el narcisista despliega para que el otro se avenga a satisfacer sus

deseos mientras que, en el fondo, le utiliza y le explota como si fuera una propiedad suya.

En un estado narcisista la aceptación de las limitaciones del yo, de la alteridad y de la dependencia puede vivirse como una catástrofe (Freud relacionaba la catástrofe esquizofrénica con el narcisismo y la concentración de libido narcisista en el yo con la ansiedad de muerte), puesto que la pérdida de la ilusión omnipotente y la imposición por parte de la realidad de un sentimiento de dependencia y necesidad tienen un sentido catastrófico para quien se aferraba regresiva y narcisistamente a los sentimientos de autosuficiencia e independencia. En cambio, la negación de la dependencia puede mantener una ilusión megalomaniaca de grandeza y omnipotencia y contribuir al mantenimiento de una falsa e hipertrofiada autoestima, autoestima que resultará altamente susceptible a las heridas narcisistas (humillaciones) y a cualquier experiencia de dependencia, incluso la dependencia inevitable de la vida relacional en general. Especialmente la vida relacional que implica cualquier forma de amor, que en el fondo supone siempre una dependencia, llega a constituirse así en una amenaza de catástrofe.

El camino de transición desde el estado inicial de fusión omnipotente hacia la adquisición de una identidad personal diferenciada pasa, entre otros muchos avatares, por el desarrollo de un sentimiento de propiedad. Por eso comenta Winnicott que el objeto transicional (el objeto que ocupa el espacio transicional que se va abriendo entre el objeto y el *self* en el proceso de diferenciación) es el primer objeto «no yo pero mío» (*not me but mine*). Las primeras diferenciaciones se producen respecto de personas u objetos que quedan identificados con un adjetivo posesivo («mi mamá», «mi papá», «mi casa») y más tarde respecto de símbolos ideológicos de identidad excluyente («mi patria», «mi raza», «mi religión»...). Es un camino que se inicia pero no se acaba, puesto que la identidad personal nunca es definitiva y siempre es inestable y cambiante. La dependencia infantil es, en frase de Fairbairn, un estado que no se ha abandonado, mientras que la dependencia madura (la madurez implica siempre una dependencia relativa, nunca una independencia total) es un estado al que nunca se acaba de llegar, como si se tratara del corredor en el estadio de Zenon, que siempre se estaba alejando del punto de partida pero nunca llegaba a la meta. De cuando en cuando, ante los sufrimientos y las frustraciones que se producen en este camino se siente con mayor o menor intensidad, el tirón de la añoranza retrógrada y resurge el riesgo del refugio fundamentalista, en el

que se alberga la ilusión de una identidad definitivamente estable, aunque a veces sea a costa de una rigidez y una esterilidad que la asemejan al *rigor mortis*. Los fundamentalismos son un anclaje que protege de las ansiedades propias de las vicisitudes y los cambios de la vida. Por eso más que conservadores, tienden a ser reaccionarios.

El sentimiento de propiedad («mi mamá») alivia el dolor de la diferenciación y del reconocimiento de la dependencia; la pérdida de la omnipotencia fusional queda compensada por la noción de propiedad. El niño alivia el dolor de la separación que acompaña a la diferenciación entre él y la madre y acepta la diferenciación a condición de que la madre sea suya (*not me but mine*). Más adelante tendrá que aceptar que ni siquiera la mamá es totalmente suya, sino que tiene que compartirla con otros, aunque para él siga siendo «mi mamá». En nuestra sociedad se estimula el papel del sentimiento de propiedad, en parte como alivio del dolor del proceso de adquisición de una identidad limitada y de una separatividad que hace al individuo consciente de su dependencia y de su vulnerabilidad. Por eso se dice tanto que nuestra sociedad occidental es fundamentalmente narcisista. Simplificadamente, y prestándole al niño pequeño palabras que no tiene a su disposición para expresarse ni para comprenderse o hacerse comprender, podríamos imaginarnos ese camino de transición hacia la adquisición de una identidad diferenciada como si el niño se dijera a sí mismo: «bien, habrá que ir aceptando que yo soy un niño pequeño en un mundo muy grande que no controlo, que mi madre es mi madre y no yo mismo o una parte de mí, que dependo de ella; pero al menos puedo pensar que mi madre es mía, es *mi* mamá y yo soy *su* niño: ella también depende de mí como yo de ella; es mi *objeto transicional*». El nacimiento psicológico del niño se asienta así en un sentimiento de propiedad. El sentimiento de propiedad será primero absoluto, luego relativo y finalmente discutible y renunciabile, pero es fácil que en vez de renunciar a él sea transferido; se puede transferir, por ejemplo, a la propiedad material que, aparte de proporcionar bienestar, siempre conserva un valor simbólico de poder y, en última instancia, de aquella omnipotencia añorada. Cuando el sentido de propiedad no se transfiere a una propiedad material, sino a la propiedad en exclusiva del conocimiento, de la verdad, de la razón, del saber, de la justicia o de Dios y cuando este sentido de propiedad no se ejerce en nombre del individuo, sino de un grupo privilegiado que se cree en posesión de alguna de aquellas cosas elevadas a la categoría abstracta de

sagradas, se puede tener la ilusión de recuperar la añorada ilusión infantil de omnipotencia a través del fundamentalismo, el integrismo o el racismo, por ejemplo, y se tiende a institucionalizar la violencia y el desprecio como modos de reafirmación del yo narcisista. Probablemente, la transmisión de este inicial sentimiento de propiedad de la madre a la mujer en general esté en el origen de esa forma especial de fundamentalismo que en su vertiente sociológica llamamos machismo y que, en su vertiente psicopatológica, correspondería al sufrimiento celotípico que con tanta frecuencia es causa de actos de autoafirmación violenta con maltratos que llegan al asesinato en la actualmente llamada «violencia de género».



Víctor Hernández Espinosa
vhernandez54@hotmail.com

Bibliografía

- MAHLER, M.; PINE, F. y BERGMAN, A. (1975): *The Psychological Birth of the Human Infant*, New York: Basic Books.
- SIBIUDA, Ramón (1998): *Tratado del amor de las criaturas* (trad. del *Liber creaturarum seu de homine*), Barcelona: Altaya.

Notas

* Miembro Titular de la Sociedad Española de Psicoanálisis; Miembro Honorario de ACPP; Prof. del Instituto de Psicoanálisis de Barcelona y de la Fundación Vidal i Barraquer.

1. En efecto, no es lo nuestro lo que nosotros amamos, a menos que no miremos como nuestro y perteneciéndonos en propiedad lo que es bueno, y como extraño lo que es malo, porque los hombres sólo aman lo que es bueno. (Platón, Symposium).